

La Diva y yo.

Estaba loco de contento. Todavía no me podía creer que Marta hubiera aceptado cenar conmigo esa noche. En cuanto escuché su voz de locutora de radio, bien colocada, arrastrando las palabras y con un matiz que rozaba lo erótico, creí morirme. Naturalmente tardé muy poco en pregonarlo a los cuatro vientos; mi vanidad y mi orgullo de macho estaban en juego, sobre todo después de que me diera calabazas diez veces consecutivas. Marta es una chica muy popular, bueno, en realidad es famosa, de las que salen en la tele y asisten a fiestas y a entregas de premios, que van siempre del brazo de hombres atractivos e interesantes y sonríen ante la presencia de cualquier cámara. Esa es la chica de mis sueños, la que empecé a adorar a través de las revistas y que más tarde vi triunfar en la gran pantalla, haciéndome llorar de la emoción, porque su bella imagen proyectada me parecía la cosa más bonita del mundo. Así que un día me las ingenié para que un amigo, amigo a su vez de un actor, me pasara una entrada para el estreno de su última película: "El beso negro". Y mi devoción pasó a ser fanatismo. Salí completamente trastornado por sus dotes artísticas. La elevé al rango de musa y de pronto entendí que mi vida no tenía sentido sin ella, que mi trabajo anterior era basura. Rompí mis guiones y comencé de nuevo. Las historias fluían sin cesar, como si alguien me las dictara desde el más allá y siempre mis heroínas tenían el rostro de Marta, su cuerpo, sus curvas generosas, sus piernas interminables, sus labios carnosos. Llegué a escribir tres guiones en dos semanas. No comía, apenas dormía. Me mantenía en pie la esperanza de que algún día mi diva interpretaría lo que yo había creado para ella.

Siempre he sido tímido, es un defecto heredado de mi madre, pero en mi locura logré superarlo y, armándome de valor, la seguí una tarde. Sabía que frecuentaba un gimnasio de La Castellana. Esperé tres horas, fumando nervioso en un parque cercano. Enseguida la reconocí. Llevaba el pelo suelto, gafas de sol oscuras y un abrigo de piel marrón. Crucé la calle y camine, oliendo su rastro a perfume. Paró en un kiosco a comprar tabaco y yo disimulé hojeando una revista. Al salir nos chocamos; a ella se le cayó el bolso, yo le ayudé a recoger sus pertenencias del suelo: un tampax, una compresa extraplana, una caja de condones y un libro de cocina vegetariana. Entonces fue cuando me miró y por si eso fuera poco además me sonrió. Pensé que iba a desmayarme.

- ¿Se ha hecho daño? - le pregunté -

- No, sólo se me ha caído el bolso.

No quise perder la oportunidad y me presenté: - Me llamo Juan - le dije luchando contra la vergüenza -

- ¿Y a mí qué? Déjame pasar chaval, que ya me has hecho perder bastante tiempo - Marta, intentó darme esquinazo, pero yo volví al ataque.

- ¿Puede firmarme un autógrafo? - Y saqué un calendario que llevaba en la chaqueta, era lo primero que me vino a la mano, el boli se lo pedí al kiosquero que no me quitaba ojo por si acaso se lo birlaba.

- Trae - Cogió el papel y estampó un garabato, luego se marchó.

En casa, frente a una copa de vino, un excelente Marqués de Vitoria reserva del 95, uno de los últimos tesoros que quedó del expolio que sometí a la bodega de mi padre, que Dios lo tenga en su gloria, y dos filetes de solomillo a la pimienta, saqué la reliquia y la acaricié con mis dedos, después me la llevé a la boca y sin acercarla por miedo a correr la tinta con las babas, puse mis labios en posición y lancé un beso al aire dirigido a la dueña de mis turbaciones.

El segundo encuentro, también provocado y premeditado sucedió un mes más tarde. Los sábados, a las ocho de la mañana, Marta hacía footing; me lo contó ese actor que era amigo del mío y que presumía de haber trabajado con ella e incluso de habérsela llevado a la cama repetidas veces. No podía soportar a sus amantes, ni a los falsos ni a aquellos que de verdad la poseyeron. Nadie podría amarla como yo la amaba. Sin embargo no me adelantaré a los acontecimientos. Aquella mañana llovía, el asfalto resbalaba y el frío se metía en los huesos haciendo que el cuerpo se contrajera. Yo no soy de los que hacen deporte, prefiero ponerme un vídeo, cocinarme unas tapas y pasarme la tarde en el sofá. Para mí, el mayor ejercicio es el del pensamiento, y mi mente gracias a Marta funcionaba con una agilidad y hacía unas piruetas y unas contorsiones que jamás lo hubiera imaginado.

- Juan, eres un mediocre, asúmelo - me decía mi madre al firmar las notas del colegio - No te hagas ilusiones, no creo que llegues a ser nadie en esta vida - Ahora, al recordar la sentencia de mi madre me dieron ganas de reír. Era alguien, alguien que conocía a Marta, que escribía para Marta y que con total seguridad la enamoraría. Al tomar una curva, Marta resbaló, yo la socorrí.

- ¿Se ha hecho daño? - le pregunté asustado -

- Me he dado un buen culazo - Se espolsó los pantalones cortos y al levantarse me miró. - ¿Te conozco?

- Sí, soy Juan. Me firmó un autógrafo hace un mes. Soy un gran admirador suyo, he visto sus dos películas y creo que es la mujer más guapa del universo. - Marta estornudó antes de contestarme.

- Me alegro - Y retomó la marcha, ignorándome. Yo me abalancé sobre ella, perdiendo el equilibrio y cayendo de bruces sobre la arena húmeda.

- ¿Me firmas un autógrafo?

- ¿Otro?

- Sí, por favor.

Le saqué una hoja de publicidad que casualmente estaba en mi bolsillo y un lápiz azul. Marta hizo unas rayas incomprensibles y se alejó trotando.

En casa, frente a una cerveza y un plato de arroz a la cubana lo saqué y lo observé extasiado, tocándolo con la yema de mis dedos, recorriendo mis mejillas encendidas, mi polla enervada. Sin querer eyaculé encima. Al limpiarlo con la servilleta borré la firma. me castigué sin cenar una semana. Todavía tuve tres encontronazos más con Marta, pero acabaron como los anteriores, es decir, en un rotundo fracaso. Ella continuaba firmándome autógrafos e ignorándome cruelmente y yo sin saber que inventar para acercarme a mi amada, cambiando de estrategia, fingiendo estar de forma ocasional en los mismos bares que frecuentaba, ingeniándomelas para rozar siquiera su hombro, oler su perfume, robar la servilleta con la que se había limpiado. En mi obsesión llegué incluso a coleccionar las colillas que arrojaba a las baldosas sucias. Las metía en una cajita de metal que elegí cuidadosamente en una tienda de todo a cien. ¡Cuántos carajillos me habré tomado esperando a que hiciera acto de presencia! Controlaba su horario, sabía que a las cinco Marta se tomaba un chólet de chocolate con dos donuts. Solía sentarme en la mesa de al lado y a veces nuestras chaquetas se tocaban. Una tarde, después de desaparecer con un hombre alto y fornido, descubrí en mi bufanda los restos de uno de sus cabellos; aún conservaba el perfume a laca. Lo guardé en un estuche de terciopelo granate, con la idea de que con el tiempo lograría poseer un buen mechón de mis adorados cabellos rubios, largos y enlacados, con las puntas demasiado abiertas, pero ese detalle lo observé después. Por aquel entonces moría de amor por Marta.

Le comenté a mi amigo, que me gustaría enseñarle uno de mis guiones. Ya había finalizado catorce. Éste frenó mis impulsos, convenciéndome al decir que al ser yo un escritor desconocido tal vez mi diva me diera calabazas. Insistió en que su amigo el actor, alguien de confianza y muy cercano a Marta podría hacerse pasar por el autor de mis escritos y que cuando ella diera su aprobación, descubrirían mi identidad y podría ver realizado al fin mi sueño. No lo dudé ni un instante. De modo que Álvaro, el actor, tomó posesión de mi trabajo y como es lógico quiso llevarse la gloria.

- Confía en mí, Juan. Esto está hecho. Reconozco el talento en cuanto lo veo y a ti te sobra. Lo único que te pido es que no interfieras. Jugamos con ventaja, Marta y yo somos íntimos - Y remarco la palabra regalándome además una de sus sonrisas de anuncio de dentífrico, lo que me repelió bastante y me hizo dudar de sus sanas intenciones. Sin embargo accedí a la farsa pensando únicamente en el momento en que la bella Marta sucumbiría a mis encantos.

Día tras día acudía al bar "El bombazo" donde mi alter ego se reunía guión en mano con la maravillosa Marta. Pedían unas bravas, unos calamares a la romana y un par de martinis mientras hojeaban el contenido de mis historias. Álvaro gesticulaba sin parar y ella, el sol de mi vida, lo miraba extasiada, asintiendo con la cabeza, masticando la comida con su boca seductora, rascándose el muslo con sus uñas pintadas. Creo que estaba orgullosa de ser la protagonista de tantas películas y eso la hacía más inaccesible. Porque desde que leyó mis guiones puedo afirmar que "la estrella del cine erótico" como la habían bautizado los titulares de muchas revistas

se transformó en la super diva del porno. Lo noté en la forma en que cambió su vestuario, más atrevido, sexy, casi, casi provocador; su pelo antes de un rubio oscuro, flotaba ahora encima de sus hombros de un color ceniza y estaba tan apelmazado que apenas se movía. Sus labios al detener mi atención sobre ellos los descubrí más carnosos, llenos hasta la exageración, igual que sus pechos, meses atrás generosos, firmes, de una delicadeza enternecedora, hoy por el contrario, sobresalían de su ajustada camiseta, y parecían dos bolas gigantes injertadas a ambos lados de las axilas. No se parecía en absoluto a la mujer que había inspirado mis guiones. A aquella por la que yo hubiera sido capaz de matar, esa que me llenó la casa con sus inmundicias veneradas hasta la locura por mí. Intenté tranquilizarme, cerrar los ojos y visualizar de nuevo el rostro amado. No lo logré y me fui derrotado, traicionado, humillado al fin.

Un domingo cualquiera sonó el teléfono. Era Álvaro, me comunicaba que Marta había aceptado cenar con él esa misma noche. Me pareció una noticia de lo más trágica, ¿Qué tenía yo que ver con esa cita? Y lo que es peor ¿Cómo podría estar seguro de que no lo habrían hecho en otras ocasiones?

- ¿Le has hablado de mí? - Pregunté nervioso -

- Por supuesto que no.

- ¿Entonces por qué demonios me llamas a las ocho de la mañana para decirme que tu y Marta vais a cenar?

Me parece una broma de muy mal gusto, sobre todo teniendo en cuenta que si te la has ligado ha sido gracias a mis guiones.

- Juan, amigo mío, que poco conoces a las mujeres - Y se rió. Me dieron ganas de colgar, pero me contuve - Marta tiene una cita para cenar esta noche, pero no conmigo.

- Expíciate - le pedí retorciendo el cable del teléfono con desesperación - Esta noche Marta será toda tuya. Le he dado tu dirección.

- ¿Pero ella sabe quién soy yo? - Tenía miedo de que al verme me diera plantón -

- Marta está encantada con los guiones, y con el que los escribe. Le he dicho que eres mi ayudante.

- ¿Quééé? - Grité fuera de mí -

- Tampoco era cuestión de desencantarla a la primera de cambio. Las cosas hay que hacerlas poco a poco, hay que tener paciencia Juan, tienes que conformarte por el momento con ser un principiante con aspiraciones a guionista. Creo que te dará una oportunidad, le fascina todo lo que este relacionado con ella. Ya sabes como son los artistas, unos vanidosos.

La puñalada trapera de Álvaro hacía tiempo que me la esperaba, por eso no le di importancia a sus comentarios y me concentré en los preparativos nocturnos. Rebusqué en los cajones por si encontraba velas, quería crear un ambiente cálido, romántico, sensual. Sólo media docena de distintos tamaños se salvaron de la dura selección. De la torreta de compacs separé cuatro, eran baladas y bandas sonoras de clásicos de cine negro. Limpié el

polvo, barrí, fregué el suelo con lejía y cuando la casa entera desprendía un aire inconfundible de bienestar e higiene me puse a pensar en el menú de mi reina. Me vino a la cabeza el libro de comida vegetariana, aunque también las patatas bravas y los calamares. Tenía que tomar una decisión, una cena dietética o alta en calorías. Dudé. Era una tarea difícil, sin duda. Me encendí un pitillo y me senté en el sofá. La idea de obsequiar a mi diva con un festín rondó de forma tentadora por las telas de mi pensamiento. Así me deleité visualizando con total claridad el plato de chirlas humeando en la cazuela, los mojones estilo vasco expuestos en la bandeja de duralex, los percebes con sus formas obscenas siendo capturados por los labios rojos de mi amada y el vino, sobre todo el vino, un vino tan especial como ella. Un vino blanco, navarro, con ese toque temperamental de la tierra, un Homenaje reserva, con tanto cuerpo como el que Marta tenía y tan sugerente como cada una de sus curvas. Se me hacía la boca agua. Tragué la saliva que se me acumulaba en las comisuras y continué con mi ensoñación. Recordé un plato que elaboraba mi madre en ocasiones extraordinarias y desde luego ésta lo era: cochinito confitado en su jugo. ¡Hummm! ¡Para chuparse los dedos! Tuve una erección tremenda al pensar en Marta, cochinito en mano, lamiendo la grasa que resbalaba por sus dedos, con la barbilla brillante, los ojos fijos en la pieza, como una leona que acabara de capturar a una gacela. Y yo frente a ella, siguiendo todos sus movimientos, extasiado en el acto sublime de la ingesta, observando sus colmillos hundirse en la carne. Y yo aferrado a mi copa, sin soltarla, saboreando un Contino Graciano (otro reserva de mi padre) que saborearía despacio, muy despacio, igual que si la estuviera despojando de sus prendas íntimas, con alevosía. Me desprendí de los pantalones y comencé a tocar mi sexo, demasiado inflamado como para no escuchar sus súplicas y de este modo, en plena masturbación, pasé al postre. Y de pronto me asaltó un bizcocho repleto de merengue, adornado con fresas, relleno de nata y me pareció magnífica la idea de posar sobre sus pechos el dulce blanquecino y aumentó mi deseo. Entonces mi mano enloqueció sobre mi pene y hubiera querido ser una manguera, de esas que utilizan los pasteleros y que mi polla expulsara semen dulce, denso, igual que el merengue. Sí, definitivamente quería ser pastelero. Quería ser el pastelero de Marta Iruretagoyena. Con esa imagen me corrí. Manché los pantalones y parte del sofá. Al incorporarme la realidad me angustió y tomé la determinación de olvidar la orgía gastronómica por la austeridad dietética. Tenía la obligación de cuidar la salud y la figura de mujer tan espléndida. Así pues, Marta cenaría ensalada, y judías verdes, y de postre yogur blanco. Me felicité por tan certera elección.

Nada me parecía apropiado para presentarme ante ella. Me cambié cinco veces de camisa y dos de pantalones. Me miré al espejo y vi a un hombre atractivo, como los que solían rondarla. Palpé mis bíceps y me di cuenta de que la naturaleza me había dotado de un cuerpo viril de forma gratuita sin tener que torturarme en el gimnasio. Sí, ahora estaba seguro de que Marta caería rendida ante mis encantos. Vaporicé las habitaciones con colonia. La dejadez de los últimos días y el estado depresivo de mi alma habían dejado una huella pestilente en la atmósfera,

pero por encima de todas sobresalía un tufo a pies y sobaco concentrado que hacía el aire irrespirable. Y mi dama no merecía tal agravio.

Dieron las diez en el reloj. Empezaba a estar impaciente. Caminé por el salón comprobando una y otra vez que no faltaba ningún detalle. La mesa estaba puesta, el mantel de cuadros verdes impecable, las velas listas para ser encendidas, los cubiertos dispuestos, el vino en la nevera, las judías en el microondas y la ensalada en el escurridor. Aunque con lo que pensaba deslumbrarla era con la conversación. Sabía de memoria su biografía, la leí en un párrafo junto a una foto desplegable de un calendario erótico con motivos navideños. Marta Iruretagoyena posaba en el mes de febrero con tan sólo una bufanda y un gorrito. Me impactó su entereza ante la cámara, la naturalidad con que me transmitía el personaje, la viveza de sus gestos, la mirada indescifrable altiva y al mismo tiempo sumisa a través de sus ojos maquillados en exceso en los que se reflejaba todo el engranaje argumental y el simbolismo de tan enigmático mes. Era mi objeto máspreciado, lo enmarqué y lo colgué en la puerta del baño por ser uno de los lugares que más frecuento.

Y hoy, esta noche, la chica del póster iba a ser mía. Se me doblaron las rodillas y tuve que sentarme en el sofá aún sabiendo que iba a arrugarme la camisa. La desazón no me dejaba vivir. Después de fumarme dos cigarros me serví un orujo. El alcohol si es seco y fuerte me activa, aleja de mi la debilidad y la timidez enfermiza.

Sonó el timbre y el corazón se me disparó. Sufro de taquicardia nerviosa y tuve que hacer una serie de cinco respiraciones antes de abrir.

- ¡Dios mío! Ya está aquí - Exclamé en voz alta -

Para colmo de males, el ascensor se había averiado y Marta se vio obligada a subir andando siete pisos. Hubiera matado al presidente de la comunidad.

- ¡Joder con las escaleritas! – Escuché. Era ella, sí, mi sueño, mi ideal, mi tesoro. Y estaba viniendo hacia mí, un pobre mortal, alguien que no merecía ser ni el charco que ella pisara.

- Podías haberme avisao. El ejercicio nocturno me lo ha prohibido el Manolo.

- ¿Manolo? - Pregunté sorprendido.

- Manolo es mi mánager. Déjame pasar anda, que tengo los pies molidos Hay que ver como me prietan estos condenados zapatos.

- Son preciosos - le dije sin apartar la mirada de sus largas piernas embutidas en unas medias de rejilla negras.

- Ya pueden selo, me han costao quince mil.

Se desató las hebillas y liberándose de las plataformas avanzó por el pasillo.

- ¿Adónde se cena aquí? tengo un hambre que no veo.

- Sígueme por favor. - Me adelanté unos pasos y la conduje hacia el salón. Marta llevaba los zapatos en la mano y hacía el ruido de un elefante al caminar. Me aparté a un lado como buen anfitrión y la invité a sentarse. Mientras me dispuse a encender las velas.

- Ni se te ocurra - gritó interrumpiendo mi acción - Soy alérgica al humillo ese que echan, se me mete en la nariz y me resecan los mocos.

Sonreí algo desconcertado por el comentario y le ofrecí una copa.

- ¿Te apetece un poco de vino?

- ¿Tienes cocacola?

- Sí ¿Por qué?

- Pa qué va a ser, pa hacer calimocho, que me gusta mucho.

Me dirigí a la cocina y busqué la dichosa cocacola. ¿Que importaba destrozar un Tarsus del 98 que me había costado la mitad del sueldo con un poco de gaseosa? Nunca se llega a conocer a las mujeres, pero tampoco es cortés contradecirlas. Yo estaba dispuesto a sacrificarme con tal de que ella se sintiera como una reina. Hicimos la fatal mezcla y brindamos.

- Chin chin - Dijo - Y de un trago ¿Eh?

Eructó y se arreglo las tetas con las dos manos.

- Es que todavía no me he acostumbrao ¿Sabes? son nuevas, me las puse no llega al mes. Álvaro que me está escribiendo guiones me dijo que era mejor para las películas, que lo que tiran son un par de tetas. Y tiene razón, yo me veo mejor.

- A mí me parece que eres igual de guapa con ellas o sin ellas.

- ¿Así que tú eres.. ?.- E hizo una pausa quedándose pensativa, entonces fue cuando me di cuenta de su estrabismo, porque tenía un ojo apuntando a Cáceres y otro a Logroño.

- Soy Juan

- ¿De qué me suena ese nombre?

- Me has firmado muchos autógrafos.

- Anda claro, tú eres el que me sigue a todas partes. - Y se rió brutalmente, con la boca abierta dejando al descubierto las amígdalas.

- Ya me ha hablado Álvaro de ti.

- ¿Ah sí? ¿Y qué te ha dicho?

- Que le ayudas un poco en eso de escribir.

Creí que el mundo se me venía abajo ¿De esta forma me pagaba el destino tanta dedicación? Cambié de tema, no quería amargar la velada de mi amada, ni mostrarme ante ella lloriqueando como un niño. Tenía que sobreponerme al golpe y actuar de forma resuelta.

- ¿Cenamos?

- Sí, sí.

Aliñé la ensalada con cariño, calenté las judías con esmero y salí a reunirme con el manjar más delicioso de la galaxia.

- ¿Y la cena? - Preguntó al ver los platos.

- Esta es la cena.

- Pues vaya mierda - Exclamó - Con esto no tengo yo ni pa un diente.

- Pero yo creía, bueno, quiero decir, pensaba que una mujer como tú debía cuidarse.

- Y me cuidaba, pero para las nuevas películas que voy a hacer, las que me ha escrito Álvaro, tengo que estar hermosota, que eso vende más, que la quiere llevar a un festival de Sueca y las suecas allí están jamonas ¿Que tu no las has visto en la tele?

- pero yo...

- Nada de peros sácame jamón y unos huevos fritos..

- No tengo - Dije avergonzado por mi estupidez. Que fatalidad. Me había decidido por el menú equivocado. Debía haber preparado el de alto en calorías pero lo peor del caso es que esa mujer que me daba ordenes desde el sofá, que hablaba como recién salida de Alcalá Meco, que recitaba odas al colesterol y a la silicona, que expulsaba sus gases en mi presencia y sin el más mínimo decoro, esa, insisto, no era la mujer arrebatadora y sensual que presidía mi baño, ni podría declararse jamás dueña del relicario de los cabellos que un día le robara, todo eso pertenecía a Marta no a ese engendro de quirófano con pretensiones vacunas.

Recordé las palabras de mi madre.

- Juan, nunca serás nada en esta vida, eres un don nadie.

- Te equivocas mamá - Dije en un susurro. Soy alguien que va a echar de mi casa a esta impostora, a esta vulgar mujerzuela, a este saco de grasa, sin dos dedos de frente. Marta Iruretagoyena no se merece que gentuza como ésta manche su imagen divina. Me declaro desde hoy su protector, su sacerdote, su esclavo, y lucharé contra todos los que osen negar que ella, mi Marta, no es la más bella, sensual y artista de toda España. Dicho esto cogí el brazo de la usurpadora, y la arrastré hacia la puerta.

- ¿Pero qué haces? ¿Y el jamón?

- Te lo comes en tu casa. Fuera de aquí, largo.- Y la empujé sin miramientos al rellano.

- Oye, no me maltrates que se lo digo al Manolo ¿Eh?

Cerré los ojos, e intenté borrar su rostro hinchado, sus piernas esbeltas, su talle sinuoso, sus pechos... Mejor no pensar en sus pechos. Y caminé alegre hasta el salón, me serví una copa de vino y devoré con ansiedad las judías. El postre lo reservé para otra ocasión, quien sabe si un día Marta Iruretagoyena vuelve a presentarse en mi casa. Hasta entonces me conformo con su fotografía.

Ya no he vuelto a escribir.